

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVILJANO

La gran impostura

Yo no sabía antes de que comenzara la transición por qué me desagradaban casi todas las ideas que se forjaron de España sus hijos más precarios. Llegué a comprender, sin sentirlos, los sentimientos de sus poetas. Busqué en el recóndito vericuetos de la historia, sin hallarlo, el enigma que intrigó a sus mejores historiadores. Simpatice, sin apiadarme de sus fracasos, con las ideas de España que dieron alma nativa a movimientos de progreso imitados del extranjero. Presentí, sin llegar a compartirlas, las intuiciones de Unamuno sobre el estar (trágico) de España en el mundo. Admiré, sin más, la reflexión de Ortega que situaba en Europa la solución al ser problemático de España. Conocí el drama civil de las dos ideas retóricas de España, pregonadas con la misma vacuidad espiritual mientras la materia social se desintegraba. Sufrí en mi experiencia personal la fuerza represiva que encierra la idea nacionalista. Pero fui advertido, por tempranas lecturas de obras inmortales, de que tampoco las ideas vencidas me llevarían a la consciencia de España. Hasta que la impostura de la transición puso al desnudo la falsificación ideológica de la palabra España, no ya en su uso político, sino incluso como expresiva de una realidad social que puede ser tratada con la objetividad descriptiva de las ciencias naturales.

La idea de España se convirtió en ideología cuando su particularidad nacional se identificó, desde el origen, con la mundialidad de su Estado, y los intereses estatales pudieron ser presentados como si fueran los de la civilización católica. Esta ideología imperial sofocó el sentimiento nacional hasta que lo despertó la invasión napoleónica. Pero la estadalatía, esa vileza hecha de miedo, veneración y cálculo, no permitió el nacimiento de una conciencia nacional antes de que la sociedad civil se dividiera en conciencias de clase. El Estado liberal fracasó en España por esa imposibilidad de que surja la conciencia nacional sin que la sociedad civil constituya la sociedad política. La guerra civil no enfrentó, por mucho que se diga, conciencias nacionales, sino dos ideologías estatales, dos tipos de dominación política de la sociedad: la nacionalista y la socialista. Pero Franco permitió, como los comunistas chinos, el desarrollo de la sociedad civil bajo una sociedad política dictatorial. Y esa gran oportunidad de que España accediera a una conciencia nacional democrática, al final de la dictadura, fue malograda por la impostura de la transición. Que impuso desde arriba un régimen de poder estatal «a» la sociedad, en lugar de abrir un proceso constituyente de la sociedad política «en» la sociedad civil.

Muy profunda debió ser la causa de la impostura nacional de esta Monarquía Parlamentaria, cuando bajo ella ha llegado a ser vergonzante la palabra España (deshonrada al parecer por el mismo régimen del que traen su causa política el Rey, el presidente Suarez, el presidente Fraga y una legión de altos cargos y de periodistas), que ha sido sustituida con el eufemismo «este país» y con la perifrasis «todo el Estado». Muy maquiavélica ha debido ser la impostura de la unidad nacional, cuando la Constitución introduce el término «nacionalidades» (para distinguir a Cataluña y al País Vasco), cuyo significado todo el mundo conoce pero nadie se atreve a explicar, y cuando se ha llegado a proponer que el patriotismo se defina por la lealtad al texto constitucional. Y muy oportunista debió de ser la impostura nacional, cuando los mismos personajes se apresuran ahora, en vistas de la situación, a proclamar su fe en España, que no es un objeto de creencia, con una recompostura propia de reclinatorio.

TRIBUNA LIBRE

El Estado cleptocrático

[RAMON TAMAMES]

La cleptomanía es el comportamiento o patológico de quienes no pueden resistir la tentación de apropiarse de lo ajeno. Y en un mundo ampliamente mercantilizado como es el de nuestro tiempo, acaba por constituir una partida considerable en la cuenta de pérdidas tanto de grandes almacenes como de hipermercados. Eso es bien sabido, y aunque hay métodos de detección de la mayor sofisticación, constituye una verdadera plaga.

Lo cleptocrático va mucho más allá. En la sexta edición de mi Diccionario de Economía publicada por Alianza Editorial en 1993, incluí el término cleptocracia, y lo sintetice de la manera siguiente: «Neologismo utilizado en los países anglosajones, que conecta las palabras griegas clepto, robo y cracia, poder. Para así hacer referencia al gobierno minado por la corrupción, desde el punto y hora en que sus miembros, o sus asociados políticos, utilizan los cargos y las facultades en beneficio crematístico propio, o de su partido».

La anterior definición, nos ahorra de más referencias iniciales, porque en ella se refleja el trance por el que hoy atraviesa nuestro país, que se manifiesta día a día en los comentarios y las noticias sobre los casos de corrupción en que se utilizan o se aprovechan las posibilidades del poder.

Lord Acton, dicen, fue el autor de la memorable frase de que «el poder corrompe; y el poder absoluto, corrompe absolutamente». Una verdad que empíricamente está demostrada en prácticamente todas las latitudes. En EEUU, el gran tema de la política nacional del momento, es el escándalo de Whitewater, en el que están

implicados el presidente Clinton y su esposa Hillary, que aprovecharon su influencia en interés propio. En Francia, las corruptas relaciones entre política, construcción, y deporte, provocaron la caída de un conocido magnate de la presidencia del más importante club de fútbol. En el caso más extraordinario de nuestro tiempo, Italia, la tan-

ramente sólo se conoce una proporción reducida de lo que realmente sucede; debido al alto coeficiente de ocultación con que se funciona en determinados medios.

Los casos tantas veces citados de Juan Guerra como despacho oficial de influencias, de Fillesa para la financiación del partido gobernante vía informes inexistentes pagados con maletas repletas de millones y con implicaciones importantes en la Banca, se diluyen con el tiempo. Y se demoran en el tratamiento judicial asuntos casi macroeconómicos de desviación de fondos, como el affaire PSV; sin olvidar la triste historia del BOE con la Sra. Salanueva, que ahora presume de pobre. A lo cual se agregan, últimamente, los casos patéticos del antiguo director general de la Guardia Civil, y del ex gobernador del Banco de España, Sres. Roldán y Rubio, respectivamente, que ponen broche de oro a la España cleptocrática.

Un Premio Nobel de Economía, Gary Becker, ha expuesto en diversidad de ocasiones la idea de que hay tanta más corrupción, cuanto más intervencionismo exista. Cuando en una inversión inmobiliaria hay diez o doce burócratas interviniendo, y se retrasan las licencias por obra y gracia de la teología urbanística, si no se engrasa la máquina, la lentitud y las complicaciones de todo tipo pueden resultar pavorosas. En la ampliación de capital de un gran banco, si se dispone de la complacencia de inspectores y auditores, pueden obrarse «milagros». El control de una gran compañía agroalimentaria, termina por contagiar a altos cargos, funcionarios, y ejecutivos, con toda clase de métodos mafiosos y de coimas enriquecedoras. En la contratación pública, el pago de un a modo de «impuesto revolucionario», facilita sobremanera

gentópolis generó el hundimiento del régimen de la Primera República, sin que todavía haya nacido la que ya se denomina segunda.

En España, actualmente nos encontramos dentro de un auténtico Estado cleptocrático avanzado. Siempre hubo corrupciones en estas latitudes, pero ahora, seguro que se ha alcanzado el punto culminante. Nos hallamos inmersos en una sociedad de ficciones de todas clases, anomalías económicas que se originan en los diversos poderes públicos, y que si se denuncian desde los medios de comunicación, apenas tienen incidencia en el funcionamiento real del sistema; que parece inmunizado, y que se ve respaldado por gran variedad de instrumentos, incluyendo una televisión oficial que parece no enterarse de en qué país vivimos. Y eso que segu-

Las denuncias de corrupción apenas tienen incidencia en el funcionamiento del sistema

CARTAS

Que se retiren los billetes de Rubio

En vista de las noticias publicadas estos últimos días por su diario en relación a la presunta implicación de Mariano Rubio en varios supuestos delitos, pido al Gobierno que dé la orden inmediata de retirar de la circulación los billetes de curso legal que lleven la firma de dicho señor, como gobernador del Banco de España. De esta forma, en caso de que sea condenado, no nos veremos obligados a utilizar billetes firmados por un delincuente. Es una vergüenza a la que el Gobierno no nos puede someter.

LUIS FONTAN LEUNDA
Medici

Beneficios privados, pérdidas públicas

Sr. Director:

Leo en la prensa diaria que para «sanear» el asunto Bancesto, cada español —sin olerlo ni comerlo— debemos contribuir con 4.100 pesetas en concepto de donativo, porque así nos lo imponen nuestras autoridades monetarias.

Si el susodicho banco estaba en tan óptimas condiciones que pudo

regalar al partido en el poder la cantidad de 1.238 millones, creo que no tiene necesidad de ser sancionado y que, en caso contrario, nobleza obliga, serían sus «beneficiarios» los obligados a ayudar al amigo en desgracia y no los agobiados contribuyentes, aplastados de impuestos.

Cuando el señor Conde y los consejeros de Bancesto se repartían sustanciosos dividendos, legales por otra parte,